



# Fin con mano propia

Algunos artistas guatemaltecos han terminado con su vida, en momentos en que su carrera prometía un mejor futuro.

Por Ingrid Roldán Martínez

La noche del 24 de enero de 1929, una escolta militar llegó a la casa del pintor Rafael Rodríguez Padilla para apresarlos. Se le acusaba de haber participado en el complot para asesinar al presidente Lázaro Chacón.

Él mismo abrió la puerta y al ver la gravedad de la situación, corrió al interior, buscó el revólver que años atrás le había comprado a su amigo Leonardo Lara Gutiérrez y sin pensarlo más se disparó al corazón.



Carlos Valenti en un foto tomada antes del viaje a París, en 1912.

En el libro Rafael Rodríguez Padilla y el desarrollo de la plástica guatemalteca, el licenciado Luis Enrique Robles relata los pormenores que acorralaron a Rodríguez Padilla para tomar esta decisión.

El escenario político era bastante sombrío. El gobierno de Chacón era acusado de ineficiencia y malos manejos. Las garantías constitucionales habían sido suspendidas desde septiembre de 1928, el país se declaró en estado de guerra, se intervinieron los trenes y la ruta de este servicio a Occidente fue suspendido.

El 17 enero de ese año se había producido un intento de golpe militar contra el gobierno, organizado por jefes políticos de Quetzaltenango y Suchitepéquez. En esos días, en la ciudad capital, se estaría fraguando un plan para asesinar al presidente.

El sábado 12 de enero, un campesino descubrió un extraño artefacto en el lugar denominado Peña Tierra Colorada, de la meseta de Villalobos en la ruta hacia Amatitlán. En realidad era una bomba puesta en la ruta que el gobernante utilizaba para llegar a su chalé a la orilla del lago. Estaba colocada en uno de los bordes del camino. Después descubrieron otra bomba de menor tamaño a diez metros de allí.

La bomba más grande estaba puesta sobre una especie de grada natural y recubierta de una espesa capa de yeso, pintada del color de la tierra. Le habían incrustado hojas y ramas secas y hierba para camuflarla. Ambas

habían sido fundidas en bronce.

Las investigaciones llevaron a descubrir el taller dónde se habían fabricado y uno de los posibles culpables era Rodríguez Padilla. "Seguramente había participado por las razones ya mencionadas y probablemente pertenecía a un grupo mayor de conspiradores encargados de fraguar el plan, que según el gobierno guardaba una estrecha relación con los alzados en armas de occidente. A él y a Aldana, les tocó hacer el casquete, alguien más debió ocuparse de la fabricación de la bomba y otros de colocarla o probablemente ellos mismos hicieron estas tres tareas", escribe Robles.

El gobierno dio a conocer que había descubierto a los responsables, el arresto era inminente. "(Padilla) debe haber estado sumamente preocupado y meditando sobre el descuido de las evidencias dejadas en el taller de mecánica y el hallazgo de los planos, seguramente elaborados por él, cuando, repentinamente, se escuchó que llamaban a la puerta, era un destacamento militar que se presentaba violentamente a capturarlo...".

Al momento de su muerte, Rafael Rodríguez Padilla acababa de cumplir 39 años de edad, era un artista muy conocido, había sido director fundador de la Academia de Bellas Artes (hoy Escuela Nacional de Artes Plásticas que lleva su nombre).

## Carlos Valenti

El 20 de mayo de 1912, Carlos Valenti y su amigo Carlos Mérida se embarcaron rumbo a París. Llegaron el 15 de junio. Llevaban la dirección del compositor Ricardo Castillo y una carta de presentación que les había dado Jaime Sabartés para Pablo Picasso.

A los pocos días rentaron un apartamento y se inscribieron en una academia de pintura. Cuatro meses después de haber llegado ocurrió un hecho repentino. Una mañana, cuando tomaban clases, Mérida se dio cuenta de que Valenti no estaba sentado frente a su caballete.

"No obstante seguí pintado, sin recelo, porque había amanecido aparentemente tranquilo", le relató a Walda Valenti, sobrina de su amigo. Sin embargo, tuvo un presentimiento y salió a buscarlo. Llegó tembloroso a casa.

"Abrí la puerta, dándome cuenta de que la cortina de su cubículo estaba corrida. Su sombrero sobre el caballete, como solía dejarlo siempre que regresábamos de la calle. Se acentuó mi duda, ansia e incertidumbre, y me acerqué a

indagar y a abrir la cortina esperanzado de poder aliviarlo de alguna súbita enfermedad, pero desgraciadamente ¡había llegado demasiado tarde! Horrorizado comprobé, al verle tendido en la cama con un revólver en la mano, que se había disparado al corazón. ¿Dónde adquirió el arma? No puedo imaginarlo pues nunca vi semejante admiculo (sic) en su poder. Presumo salió a comprarla esa misma mañana al dejar el estudio. estaba inmóvil y una serena expresión invadía ahora su hermoso rostro”, contó Mérida.

Al parecer, el joven pintor se angustiaba por su precaria salud y de darse cuenta de que estaba perdiendo la vista. Además, no se reponía de la muerte de su madre meses antes. Truncó lo que se consideraba una prometedor carrera.

## **El “Chino” Pereyra**

Su dinamismo era reconocido por sus compañeros de la Escuela Nacional de Artes Plásticas. A finales de la década de los años 1950, Rafael “El Chino” Pereyra fue presidente de la asociación de estudiantes. Sus amigos cercanos eran Marco Augusto Quiroa y Roberto Cabrera. Integraban también el grupo Enrique Anleu Díaz y Óscar Barrientos. Tiempo después formaron el Círculo Valenti al que se unieron Magda Eunice Sánchez, Elmar Rojas, Norma Nuila y Gilberto Hernández, entre otros.

Pereyra había hecho viajes de estudio a México y Estados Unidos. Según Cabrera, al principio el pintor tenía mucha influencia de los artistas mexicanos, pero más adelante cada quien inició investigaciones del arte europeo de la posguerra. Pereyra trajo algunos elementos de las corrientes artísticas que se estaban dando en el extranjero.

“El bebía mucho al final y algunos coleccionistas estaban comprando la obra de él por centavos”, cuenta Cabrera quien era amigo cercano. Al parecer, Pereyra tuvo varios intentos previos de suicidio. Algunas veces, en presencia de sus amigos, tomaba hojas de afeitar y se cortaba la piel. El día que Pereyra murió, el hermano de éste fue a buscar a Cabrera a las seis de la mañana. El cuerpo yacía en la cama y al lado, una botella de thinner que se había tomado en la madrugada. Al rato llegó Quiroa. Era 1966 y Pereyra tendría 30 ó 31 años.

“Tenía mucho talento, es una lástima que no hubiera vivido más”, se lamenta Cabrera. Anleu lo describe como un hombre con liderazgo, combativo, muy inteligente y con buen sentido del humor. Su muerte prematura y trágica ha dejado su memoria en el olvido.

## **Otra muerte en Francia**

El escultor Adalberto de León Soto también murió en condiciones trágicas. Era esposo de la hija de Rodríguez Padilla y padre de Katina, Jorge, Pablo, Iván y Zipacná. En 1949 había viajado becado a París para estudiar arte. En junio de 1957, se quitó la vida al lanzarse de la Peña de Los Osos en el bosque de Bologna, en París. Según su hijo Iván, en el lugar en que se lanzó hay una placa conmemorativa.

Su legado artístico lo constituyen grabados, esculturas, cerámica y platos basados en figuras mayas. En la ciudad de Guatemala destaca la escultura de Dolores Bedoya de Molina, en la escuela del mismo nombre ubicada en el séptima avenida y 14 calle zona 1. Quienes lo conocieron lo describen como un hombre extrovertido, con mucho dinamismo, integrado a la activa vida cultural francesa.